

ORANDO CON LA PALABRA

(26º Domingo. Tiempo ordinario)

“ Dijo Jesús a los fariseos: “Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico, pero nadie se lo daba. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Se murió también el rico y lo enterraron. Y estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno y grito: “ Padre Abrahán , ten piedad de mi y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua porque me torturan estas llamas”. Pero Abrahán le contestó: “Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida y Lázaro a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros”. El rico insistió: “Te ruego entonces , padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento”: Abrahán le dice: “Tienen a Moisés y a los profetas, que los escuchen”. El rico contestó: “No , padre Abrahán, pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán”. Abrahán le dijo: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto”.

(Lc. 16,19-31)

La Palabra nos describe hoy con una gran plasticidad, la diferencia ofensiva entre la vida opulenta del rico y la miseria del mendigo.

El fragmento del Evangelio acentúa y vuelve a poner ante nuestra mirada la realidad de nuestra sociedad, en la que la riqueza y el egoísmo han endurecido el corazón de las personas y han ido generando un mundo injusto y excluyente. Nos movemos en una sociedad “líquida”, en transformación constante que relativiza valores y criterios, en la que los avances tecnológicos y la información y las conexiones trepidantes, nos bombardean y nos descentran . Una sociedad que nos va distanciando de las personas, de las relaciones humanas, del saludo y la sonrisa cotidianas.

Una sociedad en la que se ha ido perdiendo la capacidad de contemplar los rostros de la pobreza, la sensibilidad para dejarse afectar por ella. Un sociedad necesitada de recuperar el calor humano que nos haga sentirnos cercanos, necesitados los unos de los otros. Que nos haga sentirnos implicados y responsables de cuidar al hermano; de cuidar las relaciones, los recursos, la tierra, para que sean espacio y posibilidad de vida para todos.

El relato, que muestra la indiferencia, la falta de sensibilidad ante el dolor ajeno, incluso ante el sufrimiento que está a nuestro lado, en nuestra puerta, nos ofrece, una vez más, la postura de Dios ante los empobrecidos, los excluidos. Ellos son los primeros en el corazón de Dios. Ellos encontrarán consuelo, en su Misericordia.

Que la Palabra remueva entrañas y conciencias, que vuelva a recrear en nosotros, la mirada compasiva que se hace sensibilidad y compromiso ante el dolor y la necesidad del otro. Que ningún sufrimiento nos deje indiferentes. Que en el acercarnos a acompañar y compartir sufrimiento, escuchemos las palabras de gratitud de Dios mismo: “A mí me lo hiciste”.

ORACIÓN

Como cada día,

tu Palabra me adentra en el misterio
de tu sueño y tu mensaje,
hechos reflexión y compromiso.

Tu Palabra,
que ofrece Presencia,
que genera encuentros,
que suscita inquietud,
dynamismo y camino,
me vuelve a cuestionar hoy,
ante este mundo convulso
y excluyente
que seguimos construyendo,
entre el afán de poder de unos,
y la pasividad y el silencio de otros.

Al contemplar hoy, Señor,
la vida insultante del rico
frente a la miseria de Lázaro,
y la indiferencia que muestra con él
aunque está a su lado,
en su puerta,
y en su camino,
necesito preguntarme,
¿Qué mundo estamos haciendo,
si no nos duele la pobreza
ni el sufrimiento del hermano.
Si nos hemos acostumbrado a las voces,
que hablan del dolor de los de lejos
y vamos justificando nuestra pasividad,
ante el sufrimiento
de los de cerca?.

Dame Señor,
entrañas de misericordia,
para que me afecte,
me duela, me movilice,
el sufrimiento
y la pobreza de mis hermanos.
Dame sensibilidad
para estar cerca,
acoger miradas,
captar necesidades,

para cuidar los pequeños detalles
que pueden aliviar,
consolar, animar.
Dame fortaleza
para acompañar
camino de promoción,
para defender derechos,
para colaborar en redes y servicios,
que apuesten por una sociedad
solidaria y humanizada.

Danos la conciencia solidaria
y la responsabilidad colectiva
para seguir avanzando
hacia un mundo diferente
de iguales y hermanos.
Danos la capacidad
para reconocer,
que teniendo y usando menos,
podemos ser más,
y compartir más y mejor.

Que te volvamos a descubrir
y encontrar cada día,
en los pequeños,
en los que sufren.
Que te acogamos
en tu Presencia encarnada
en sus rostros y en sus necesidades.
Que sigamos descubriendo
que en lo humilde,
en lo pequeño, en lo vulnerable,
en lo último,
estás Tú,
y que, desde ahí,
“como uno de tantos”,
nos sigas llamando
a compartir y aliviar
el dolor del mundo.

Amén.

(Hna. Oyonarte)

